

ARTE | 20 AÑOS SIN UNO DE LOS GRANDES ESCULTORES DEL SIGLO XX

CHILLIDA

EL GRAN ARQUITECTO DEL VACÍO

El autor donostiarra consiguió esculpir sus sueños a través de una extensa obra que se atrevió a desafiar el espacio y dialogar con la naturaleza, llegando incluso a peinar el viento

SPC-AGENCIAS

Decía Eduardo Chillida que sin el vacío no hay nada y, al igual que la música no existiría sin el silencio, la escultura tampoco sobreviviría sin el espacio. Y así lo demostró en su extensa obra, en la que siempre buscó la unión entre el arte, la poesía y la naturaleza a través del diálogo de la materia y la ausencia de esta, llevándole a adentrarse en el mundo más desconocido de la creación.

Pero el escultor donostiarra no solo evidenció un inmenso conocimiento de la forma, sino que demostró también una profunda espiritualidad y curiosidad infinita, la misma que inspiró todo su trabajo. Ahora, cuando se cumplen 20 años de su desaparición, el mundo no olvida al artista gracias a un legado que se mantiene más vivo que nunca en el Museo Chillida Leku de Hernani (Guipúzcoa), fundado en vida por el propio autor.

Eduardo Chillida nació en San Sebastián un 10 de enero de 1924, y su infancia junto al mar en la bahía marcó su relación con el paisaje y el espacio. Ya desde muy pequeño iba a ver cómo rompían las olas al lugar donde años más tarde colocó su icónico *Peine del viento* (1976) como homenaje a su tierra.

Tras una carrera frustrada como futbolista, primero, y arquitecto, después, el vasco comenzó a desarrollar su obra desde 1947, cuando entró a dibujar al Círculo de Bellas Artes de Madrid. Desde allí, y gracias a una beca, se trasladó a París para realizar sus primeras esculturas figurativas en yeso, influenciado por la Grecia arcaica. Con ellas recibió un temprano reconocimiento en 1949 exhibiendo sus

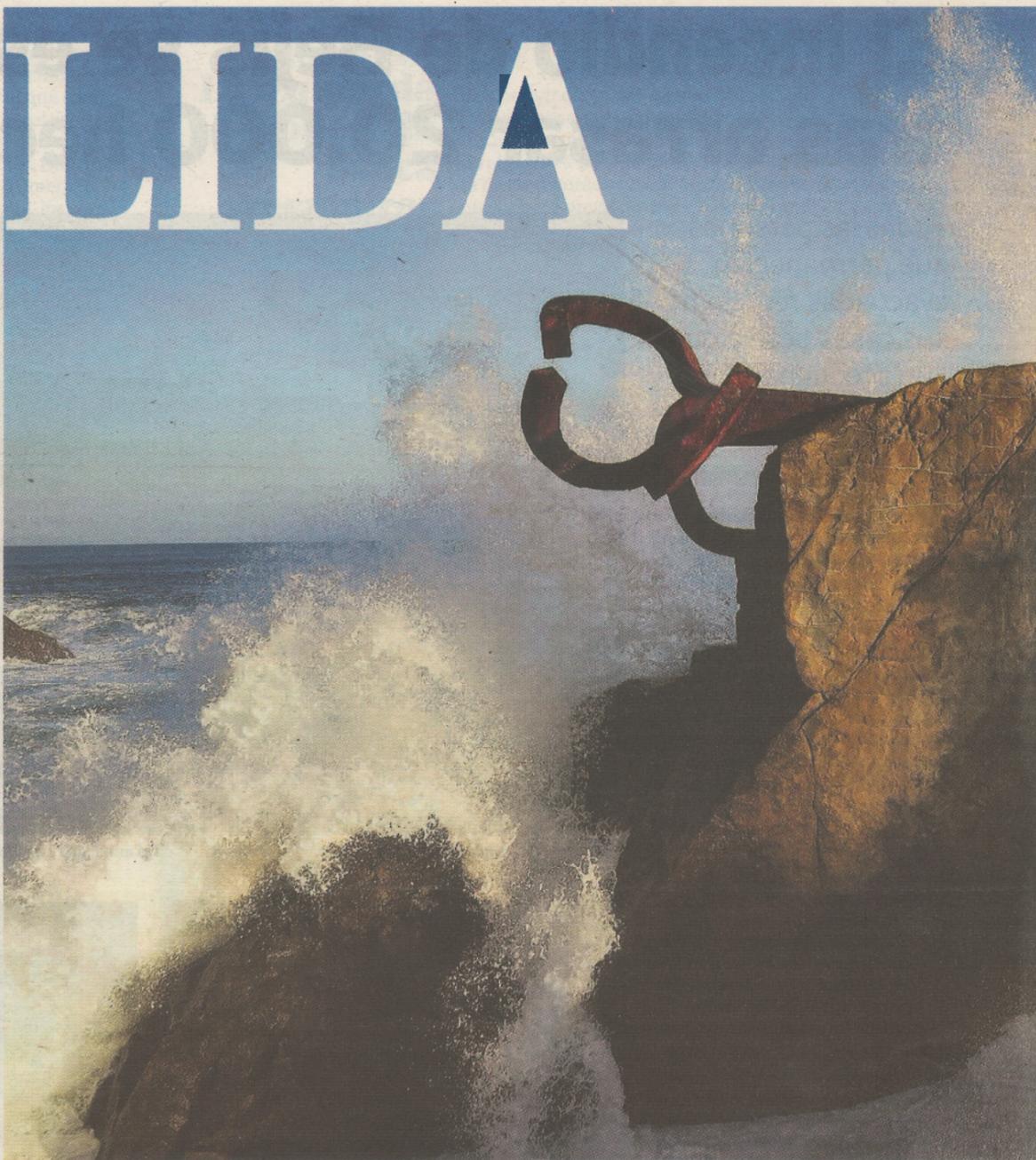
creaciones en el Salón de Mayo parisiense. Un año más tarde, expuso por primera vez en una colectiva de la Galería Maeght dedicada a artistas emergentes.

Chillida sufrió una crisis artística en 1951, año en el que decidió abandonar la capital francesa para establecerse de nuevo en el País Vasco, donde se reencontró con sus raíces y descubrió el hierro, el gran protagonista de sus trabajos, pero también se encomendó a una obra marcada por un lenguaje más personal y de carácter reflexivo.

A pesar de fijar su residencia en la tierra que le vio nacer, viajó con frecuencia a París y estableció un gran vínculo con Aimé Maeght y su galería, que compartió con otros jóvenes autores como Chagall, Miró, Calder o Giacometti.

Sus obras destinadas al espacio público, más de 40, se encuentran repartidas por todo el mundo, y sus piezas se mostraron en más de 500 muestras individuales, desde la primera retrospectiva organizada por el Museo de Bellas Artes de Houston de 1966. Desde entonces, fue un no parar. Ya en 1980 expuso consecutivamente en el Guggenheim de Nueva York, el Palacio de Cristal de Madrid y, por primera vez, en Euskadi, en el Museo de Bellas Artes de Bilbao, mientras que el Reina Sofía acogió su mayor exhibición en 1998.

Su legado permanece más vivo que nunca en el Chillida Leku que él mismo creó

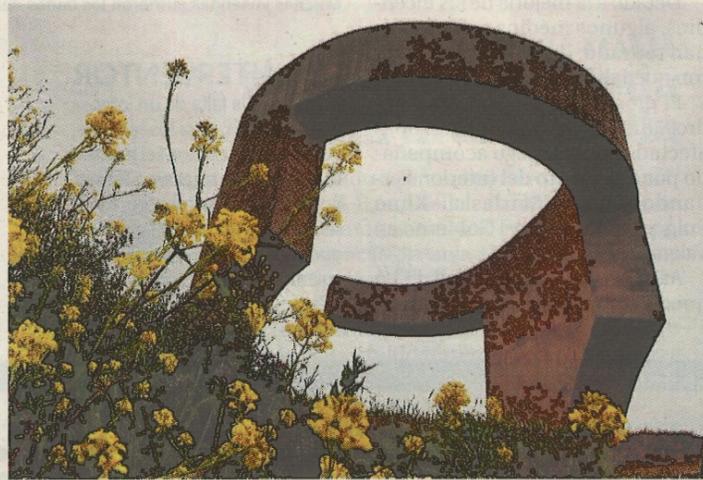


El 'Peine del Viento' se encuentra enclavado en un extremo de la bahía de La Concha (San Sebastián). / FOTOS: EFE

Inaugurado el nuevo milenio, sus retrospectivas se sucedieron por todo el planeta: en el Jeu de Paume de París (2001), en el Museo de San Petersburgo (2003), en el Mie Prefectural Art Museum de la ciudad nipona de Tsu (2007) o en el Rijksmuseum de Ámsterdam (2018), convirtiéndole en uno de los escultores más reconocidos e importantes de la década.

Pero si hubo un lugar donde la *utopía* del donostiarra vio la luz -esa en la que soñaba con establecer un encuentro entre lo vacío y lo lleno, la naturaleza y sus obras, el ser humano y la reflexión-, ese fue el museo que él mismo creó en el 2000 en Hernani, el Chillida Leku, fundamental para mantener vivo su legado, una tarea encomendada a sus hijos y para la que está asegurado el relevo generacional.

«Heredas unas obras pero a la vez heredas una responsabilidad que te lleva a pensar qué es lo que a ellos les hubiera gustado que hiciéramos», cuenta Luis Chillida, hijo del artista, que habla en plural porque ni la vida ni la carrera de su padre se entenderían sin su madre, Pi-

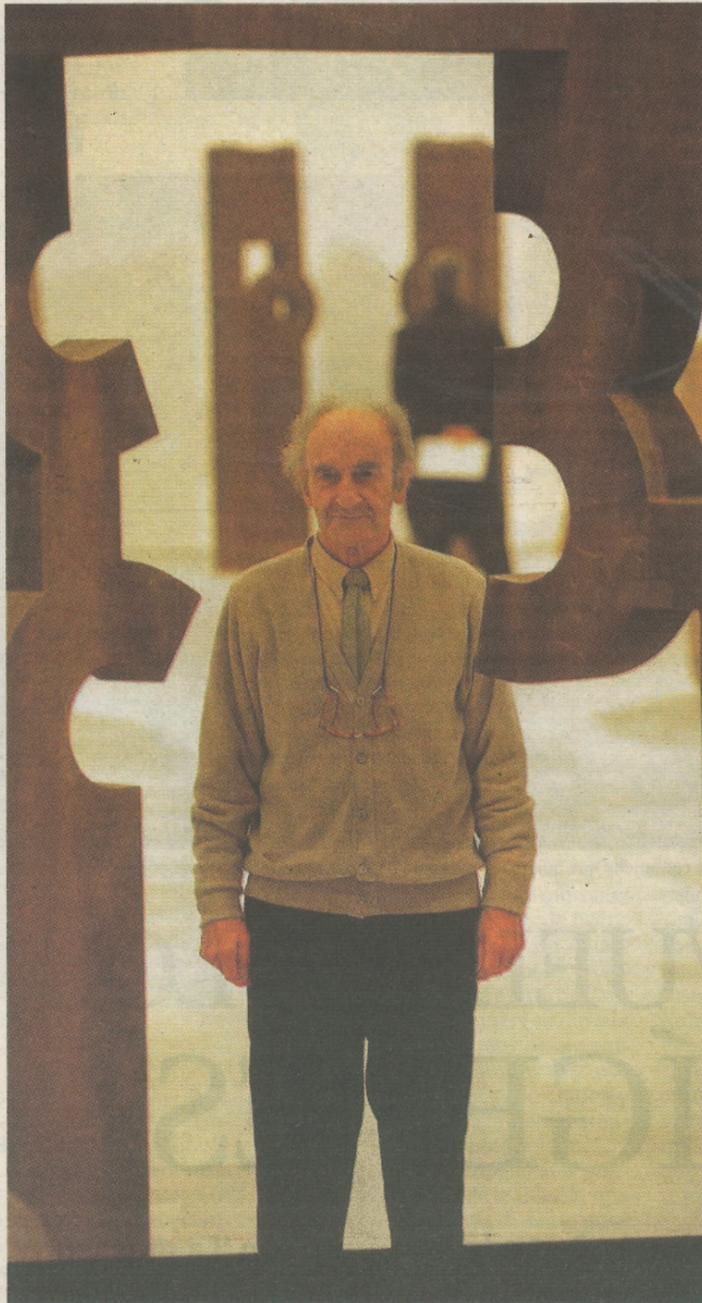


'Elogio del horizonte' es una de las señas de identidad de Gijón.

lar Belzunce, con la que se casó en 1950 y con quien tuvo ocho hijos.

Esa es la máxima por la que se han guiado todo este tiempo en el que Chillida Leku estuvo incluso cerrado durante ocho años al ser inviable sacarlo adelante sin ayuda externa. Pero su reapertura en 2018 de la mano de la prestigiosa galería

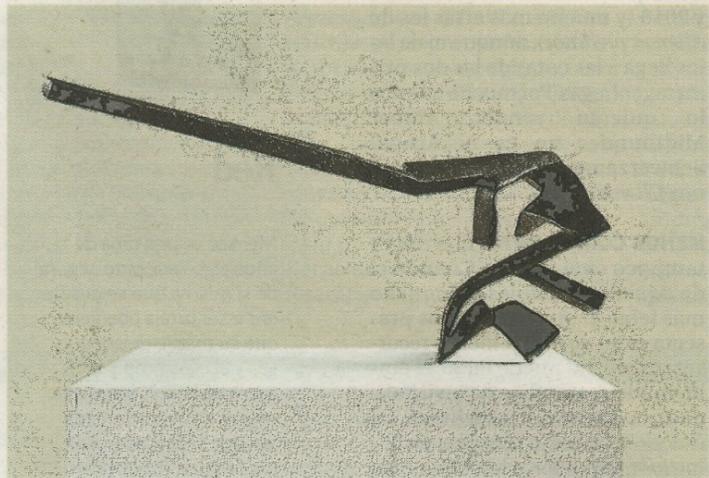
suiza Hauser & Wirth inauguró «una ventana a algo diferente». «Lo que nosotros teníamos era mucha cercanía con la obra, pero había que desarrollar un proyecto museístico y eso era algo que nos venía grande», admite Luis, quien afirma que su padre estaría «muy contento» de saber que el museo



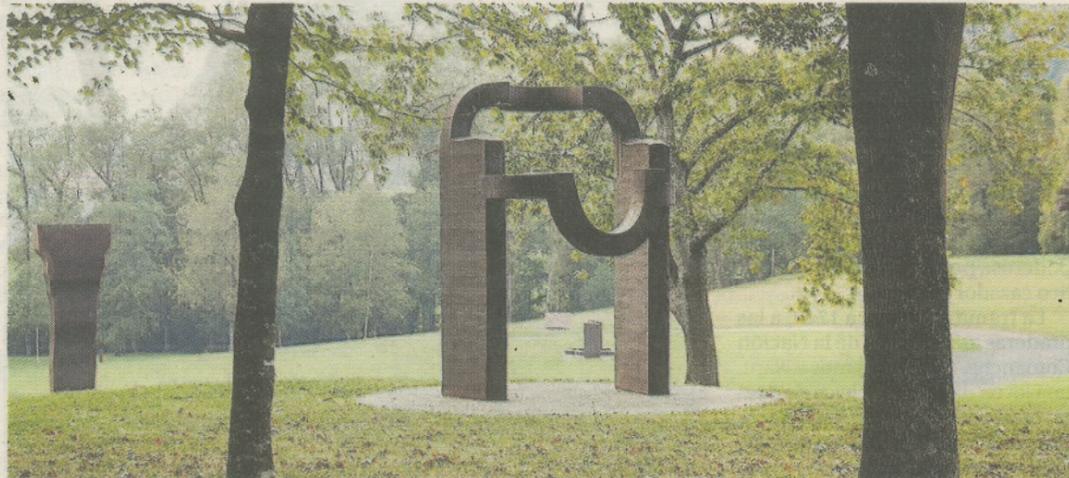
Chillida, junto a una de sus piezas, en un exposición en el Reina Sofía.

El 'gato' que renunció a las porterías

● Eduardo Chillida será siempre recordado por su enorme maestría esculpiendo. Pero lo que no muchos saben es que, antes de dedicarse plenamente al mundo del arte, sus manos también detuvieron balones de forma profesional. El fútbol fue su primera pasión y desde pequeño forjó en la playa de La Concha su ambición de convertirse en jugador de la Real Sociedad. Chillida demostró durante su vida que sus sueños podían hacerse realidad y este no fue para menos: a los 18 años se convirtió en guardameta de su equipo de toda la vida. Su agilidad le valió el apodo del *gato* y le otorgó una enorme reputación a lo largo de dos magníficas temporadas (1942-1943) en las que la Real Sociedad consiguió su ascenso a Primera División. Estaba llamado a convertirse en una leyenda del deporte, pero una grave lesión en la rodilla cuando disputaba un partido contra el Real Madrid le obligó a abandonar el que creía que iba a ser su futuro. Chillida colgó para siempre los guantes y, después de probar suerte con la arquitectura, se encomendó a otra de sus grandes vocaciones: el arte. Nadie podía imaginar que su destino era convertirse en uno de los escultores más importantes del siglo.



Vista de una de las esculturas de hierro que forjó.



Buena parte de sus obras se entremezclan con los árboles del jardín ubicado en su museo de Hernani (Guipúzcoa).

no solo sigue guardando y cuidando el legado que durante tantos años creó, sino que su trabajo «sigue suscitando el interés de diferentes generaciones».

En su opinión, su padre habría «detestado» que el caserío y las campas de Zabalaga por las que se extiende su obra se convirtieran

«en un mausoleo, en algo inmóvil». «Un espacio museístico tiene que mantenerse vivo y eso se ha ido consiguiendo», agrega.

Eduardo Chillida cumplió uno de sus sueños con la inauguración de un espacio en el que pudo contemplar la perfecta fusión de sus monumentales figuras de hierro y

hormigón con el paisaje, como si de un bosque se tratase. Desgraciadamente, dos años después de su anhelada apertura, el artista falleció en su casa de San Sebastián, a los 78 años, tras sufrir una larga enfermedad.

Le quedó pendiente el proyecto de la montaña de Tindaya, en Fuer-

teventura, con la que visionó «un gran espacio vacío dentro de una montaña para todos los hombres». Una propuesta que acabó convirtiéndose en una pesadilla, pues estuvo envuelta en polémica entre los defensores del medio ambiente y quienes le apoyaban. «Vaciar la montaña y crear tres comunicacio-

nes con el exterior: con la luna, con el sol y con el mar». Esa era la idea de un hombre que no dejó de soñar en ningún momento.

«Un día soñé con una utopía: encontrar un espacio donde pudieran descansar mis esculturas y la gente caminar por ellas como por un bosque». Eso sí lo consiguió.